

Nació del amor

Adriana y Patricia Mesiano

LEER TOMANDO CAFÉ



Cuentos escritos a
dos corazones
por Adriana Mesiano y
Patricia Mesiano

Capítulo 1

Nació del amor.

Irse no es fácil, pensé, y visitar lo que fue nuestro, tampoco. A la vez que se disfruta el paseo, la marea remueve el fondo enturbiando el agua. En mi segundo día en Buenos Aires tuve claro que las idas y vueltas tienen su encanto y su complejidad.

Salí temprano de la casa de mis padres y aproveché para recorrer librerías y revisar las ofertas de textos usados, como tantas veces lo hice desde mi adolescencia. Caminar por Avenida de Mayo, observando su elegante arquitectura, me resulta fascinante. Amo los cafés de estilo madrileño que atesoran en sus paredes imágenes de mujeres y hombres de letras. Siento que allí habitan las musas que inspiraron valiosos aportes a nuestra cultura.

Faltaban un par de metros, mi corazón palpitaba veloz porque sabía que pronto volveríamos a estar juntas. Poco le importaba a la emoción que ayer, al llegar del aeropuerto, hubiéramos conversado durante siete horas, ni que lo hiciéramos por teléfono permanentemente y con cualquier excusa: que llueve, que hace demasiado calor o frío, que terminé el libro de Sergi Torres, que vi los cinco capítulos de *La Casa de Papel...*

Llegué al bar donde pasamos infinitas horas en diferentes etapas de nuestras vidas. Desde la puerta la divisé, la vi atenta buscando algún lápiz para señalar frases del libro que tenía sobre la mesa, y tal vez guardar en algún papel un pensamiento o una pregunta. No advirtió mi presencia; subrayaba, leía y sonreía con placer. Me detuve unos segundos a mirarla, con la admiración que se siente por quien fue faro y ejemplo en tu vida. Fui a abrazarla y se sobresaltó, nos juntamos en una acción parecida a la de imanes, que se unen y les gusta estar así, les cuesta dividirse; el abrazo es lo normal, y volver cada una a su lugar es lo extraño. Juntas, como durante aquellos nueve meses, mientras nuestras vidas se forjaban. Ella estaba en la ciudad que nos vio nacer. Yo solo de visita, como cada dos o tres años desde hacía un par de décadas.

—Encontré un pensamiento estupendo, sentate —me dijo empezando a leer antes de que me hubiese acercado a la silla—. *«Salir de esa extraña y monótona esclavitud cotidiana. Darle a cada día su propio afán, pero también su propia sonrisa, su propio gozo, su propio color, su propio aroma. Eso es la inteligencia. Porque una inteligencia que no nos ayude a vivir, no la quiero. No me sirve para nada. No creo que le sirva para nada a nadie»*. —Leyó dejando ir cada palabra, las saboreaba como caramelos de dulce de leche.

—¿Con quién tomamos el café hoy? —le pregunté.

—Nos acompaña Antonio Gala —y repitió con el apuro que lleva el agua de un torrente—: *«...darle a cada día su propio aroma»*.

Sin detenerse buscó al mozo con la mirada, le pidió dos cafés en jarrito y medialunas de grasa. Afirmó que estábamos necesitando aromas y sabores.

—¿No leíste «*El pedestal de las estatuas*»? —me consultó desafiante—. Pues resulta que una porteña le va a tener que prestar libros de Gala a alguien que vive en Europa.

—Sigo sus opiniones en artículos y entrevistas, me encanta, pero no leí sus obras. Yo te traje a una yankee, para que te enojas..., Erin Hanson, ella creó el impresionismo abierto, luego te envió reproducciones de algunas pinturas, sé que te encantarán; también escribe. Saqué mi teléfono, abrí una página y leí:

*«Hay libertad esperando por ti,
en las brisas del cielo,
tú preguntas "¿y si me caigo?"
Oh, pero mi amor,
¿qué pasa si vuelas?»*

El silencio nos envolvió, nos llevó y nos trajo, mientras recordábamos los vuelos de la vida. Mi hermana melliza interrumpió este momento mágico sacando de su chistera dos alas enormes, casi transparentes, revestidas de un dorado fulgor.

—Tenemos que escribir un libro.

—De acuerdo. ¿Temática?

En ese preciso instante llegó Jesús, con delicadeza dejó el pedido y se dirigió a responder al llamado de la mesa tres.

Jesús se asemeja mucho a su padre, quién nos atendió durante años. No sé si es por el nombre o por sus gestos, pero me hace pensar en una confesión el modo atento y serio de escuchar y ofrecer consejos. La delicadeza con que sirve el café y las medialunas casi lleva implícita la afirmación: *el cuerpo y la sangre de Cristo*. Amar lo que hace debe ser su forma de «*salir de esa extraña y monótona esclavitud cotidiana*» a la que se refería Gala.

El padre del mozo compró el bar en el que había trabajado treinta años y ahora estaba sentado detrás de la caja, controlándolo todo. Me comentó un día que solo lo hacen enojar unas pocas cosas: «aquellos que entran al bar gritando y usando palabras soeces, tratando sin respeto a las mujeres o con actitudes fuera de lugar. Lo demás lo acepto: que no saluden, que se vayan sin pagar, que tomen de más, que no agradezcan ni dejen propina, ni una sonrisa al menos; esas son banalidades; si uno aprende a convivir con ellas puede amar su trabajo y hacerlo con pasión». A Manolo siempre lo llamaron gallego; a los catorce años empezó a trabajar de lava copas; no completó sus estudios, pero se considera más educado que muchas de las personas con títulos que pasan cada día por su bar. «La mente abierta es la respuesta, mujer», afirmó aquel día, «la mente que escucha, interpreta y reflexiona. Lo importante es tener la mente siempre dispuesta a cambiar, a mejorar y a soñar».

Recordé un fragmento de las ideas que minutos antes habíamos compartido: «...*eso es la inteligencia. Porque una inteligencia que no nos ayude a vivir, no la quiero*».

Todas estas palabras giraban en mi mente, y vaya a saber cuáles en la de mi hermana, cuando el perfume que llegaba de las tazas nos volvió al presente y escuché su voz inquieta que insistía en la idea.

—El libro debería relacionarse con algo que las dos amemos —miró la taza y con la picardía de quien ya encontró la respuesta, acotó—: podríamos escribir sobre alguna bebida que acompañe tanto nuestro vuelo al crear textos, como al mágico momento de quienes les den vida al leerlos.

—¿Y si no logramos generar interés?

—Recién respondiste a tu duda —Y tomando mi teléfono leyó—:

«tú preguntas "¿y si me caigo?"

Oh, pero mi amor,

¿qué pasa si vuelas?»

Me emocioné hasta casi llegar a las lágrimas. Entendí cuánto podía reflexionar y aprender estando con ella y en mi lugar, en el sitio al que pertenezco. Pensé que por teléfono no se producían los mismos diálogos; supe que el tiempo no es infinito y que estaba cansada de desperdiciarlo detrás de un dinero al que cada día le doy menos valor. Con la voz entrecortada le dije: me quedo y escribimos ese libro.